

Bellán y su tiempo: el espíritu de la reforma vareliana y el primer batillismo

Algunas de las virtudes de los centenarios son, en unos casos, la de permitir, y en otros, la de motivar que nos ocupemos de temas que no están especialmente presentes en el momento en que esas fechas se cumplen. Las correspondientes evocaciones forman parte del instrumental operativo de que dispone la cultura, y en esta ocasión nos parece útil hacer uso de ese instrumento a propósito de José Pedro Bellán.

El nombre de Bellán estuvo durante mucho tiempo referido sobre todo a su condición de autor teatral; se le mencionaba usualmente formando parte, con Sánchez y Herrerita, de la triada de nuestros primeros dramaturgos importantes. Y ello es correcto. Pero también es cierto, y eso quedaba olvidado a menudo, que fue también narrador y un excelente narrador, nuestro primer narrador urbano verdaderamente importante.

Sin embargo, su nombre lleva consigo sin duda un signo teatral, porque hasta cuando una de sus más hermosas *nouvelles Doñarramona*, se hace conocida en esta última década para el público montevideano, éste la conoce no en el texto que Bellán escribió, sino en la versión teatral que, sobre el relato de Bellán, hizo Victor M. Leites.

Y el éxito que tuvo la presentación de esa versión teatral de la obra de Bellán, hace más oportuno usar de la ocasión que el centenario ofrece para referirnos a este autor sobre el que, inexplicablemente, se escribió muy poco. Demasiado poco en verdad. Es casi increíble, por ejemplo, que en la obra de Zum Felde se juzgue a Bellán narrador en exactamente dos líneas que dicen: "Su característica es la mezcla de un áspero realismo proletario y de una psicología torturada por lo paradójico", y que, notoriamente, no tienen nada de la seriedad que en otras ocasiones muestra Zum Felde. Su amigo Lasplaces, que prologó *Doñarramona*, le dedica, en sus *Opiniones Literarias*, unas páginas que no significan mucho, y en las conferencias dictadas en ocasión del Centenario según el Plan Reyles, algunas de las cuales estuvieron destinadas a estudiar la obra de personas hoy totalmente olvidadas, su nombre no figura. Sin duda Bellán tuvo mala suerte crítica. Es una razón más para que procuremos llamar la atención sobre él.

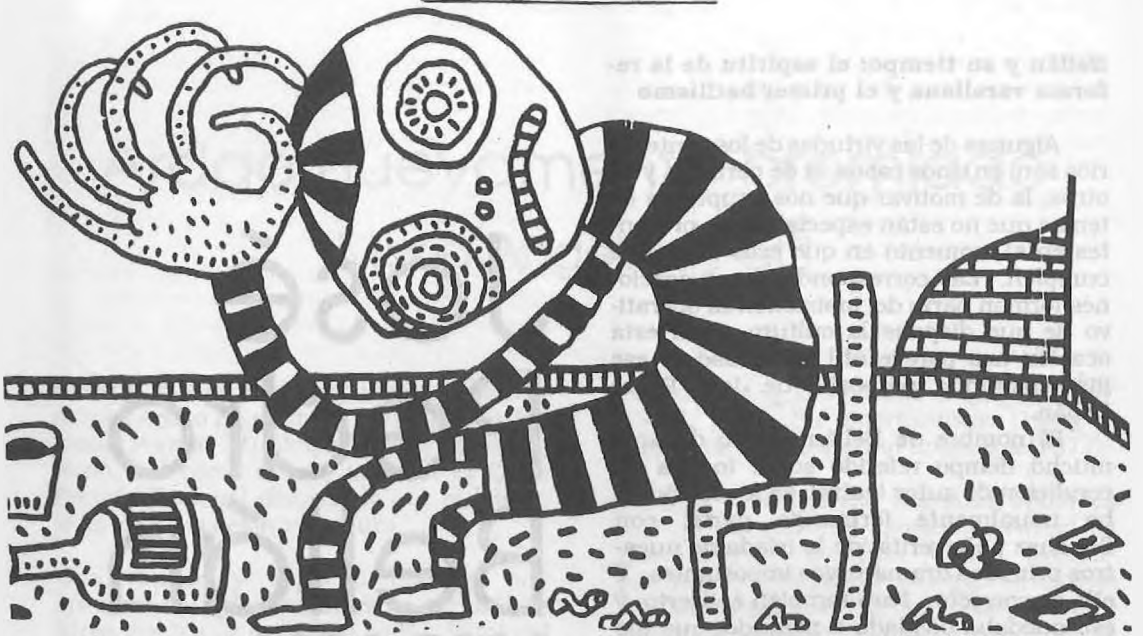
José Pedro Bellán

1889-1989

José Pedro Díaz



C U A D E R N O S D E M A R C H A



En esta nota sólo pretendemos referirnos a algunos aspectos de las relaciones que pueden advertirse entre su obra, su formación de maestro y el primer batllismo.

Su obra

Esta se inicia en 1911 con la publicación de su primer drama, *Amor*, escrito en 1908, y su narrativa con *Huerco* (1914), libro que reúne sus primeros relatos cortos (algunos de ellos anteriores aun al drama de 1908) en los que es todavía fuerte el influjo de algunos románticos y de los naturalistas; pero ya en 1918, con *Doñarramona*, y los otros relatos cortos que completan el volumen de ese título, Bellán aparece dueño de su oficio. Desde entonces la publicación de sus relatos se alterna con el estreno de sus obras dramáticas: en 1920 aparecen dos ediciones de *Primavera* y estrena en Buenos Aires *¡Dios te salve!*, con un éxito notable que se repitió el mismo año en Montevideo. Ese éxito, que lo consagró como el dramaturgo de su generación, alteró también las costumbres montevidéanas; fue en esa oportunidad que, desbordadas en el teatro Urquiza las localidades que se reservaban habitualmente para el público femenino, la "cazuela", las mujeres subieron por primera vez al "paraíso".

En 1921 estrenó *Vasito de agua*, comedia que permanece todavía inédita, y en 1922 *Tro-la-ro-la-ra*, al tiempo que publicaba *Los amores de Juan Rivault*; y en 1924 estrenó *La ronda del hijo* y dos años des-

pués publicó *El pecado de Alejandra Leonard*, su último libro de relatos. En 1928 se representó su teatralización del cuento *Blancanieves*, que se editó en 1929, y por fin en 1930, el año de su muerte, aparecieron reunidas en un volumen sus dos últimas piezas teatrales: *El centinela muerto* e *Interferencias*, pieza esta última que anunciaba el ingreso de Bellán a un campo creativo nuevo y audaz.

De ese rico conjunto de obras -son trece títulos los que deja este escritor que murió a los cuarenta años- nos referiremos tan solo a sus relatos.

Los escritores y su tiempo: actitudes generacionales

Por lo pronto interesa subrayar que su condición de narrador urbano, montevidéano, no sólo hace de él un adelantado, también debe observarse que su mirada cae sobre la ciudad no sólo para reflejarla; es cierto que Bellán se nutre de ella, pero además hay en él una voluntad crítica; su mirada es atenta pero también urgida; participa de lo que ve, valora. En un trabajo relativamente reciente me referí a otros dos escritores nuestros que son también escritores urbanos, Felisberto Hernández y Juan Carlos Onetti, y señalé en ellos una coincidencia en cierto modo sorprendente, en la medida en que emparenta a escritores profundamente disímiles tanto en sus asuntos como en sus estilos, y, desde luego, también en la concepción que cada uno de

ellos puede tener de la obra que realiza; me refiero a la frecuencia con que aparece en los personajes de ambos una insistente entrega a un espectáculo Imaginario. Desde la contemplación de las muñecas en las vitrinas de *Las Hortensias*, pasando por la descripción del "cine del recuerdo" de Felisberto, y desde las Invenções de Linacero y la historia que Brausen vive en los actos de Díaz Grey contemplándolos Imaginariamente, hasta la mujer que necesita ver vivir en un escenario el espectáculo que contempló en un sueño, las obras de ambos escritores hilvanan series de visiones; los dos abundan en seres que viven entregados a lo Imaginario.

En el trabajo aludido intentábamos comprender la actitud que estos escritores comparten, vinculándola a un condicionamiento generacional, al hecho de que ambos se formaron durante el período de dominante bienestar social y de relativa despreocupación que terminó con el gobierno de Terra. Señalábamos entonces que ese período era un tiempo feliz que había quedado como puesto entre paréntesis, ya que, si bien vinieron después tiempos difíciles, también hubo antes tiempos de trabajo empeñoso y de fuerte tensión creadora. Y así como los escritores posteriores a los dos que estudiábamos, no siguieron manteniendo una similar entrega a la contemplación de lo Imaginario, sino que mantenían una atención crítica sobre el mundo que representaban -ya era "la generación crítica", o "del 45"-, tampoco eran parecidos quienes los precedieron, y entre ellos señalábamos como característico y representativo precisamente a Bellán, por su jugosa, vital representación de la realidad, y por su modo de "escribir opinando", porque sus temas se sitúan, con suma frecuencia, en los puntos críticos de la vida social contemporánea, y se nutren de ellos. Sin que se trate de obras de tesis, hacen resaltar claramente los conflictos de aquella sociedad que se hallaba en un rico proceso de evolución.

Los temas de Bellán

En *Doñarramona*, historia que ocurre en el seno de una familia burguesa de Montevideo, la llegada de la que será la joven ama de llaves de la casa, la *Doñarramona* del título, rozagante española de origen campesino, desata el juego de las tensiones latentes en una casa burguesa convencional de educación católica. La acción, impulsada por la fuerza del sexo, pone en

evidencia las tensiones que subyacen bajo diferentes aspectos de la vida montevideana de las primeras décadas del siglo y los grandes temas en ellos implicados: la cultura burguesa convencional, la situación de los inmigrantes, la educación católica, el puritanismo, la situación de la mujer en la sociedad, etcétera.

Y esos mismos temas, con variantes importantes, que acentúan en los diferentes textos, ya sea uno, ya otro de los diferentes aspectos desde los que pueden ser considerados, están presentes también en obras posteriores. Bellán no expresa directamente esos temas, no los desarrolla conceptualmente, sino que deja que se hagan visibles cuando la acción lo impone, cuando aparecen empañando y obliterando el desarrollo vital de sus personajes. Así la educación de la mujer, asunto que tan claramente se expresa en *Doñarramona* (por un lado por la "doble moral" que pone en evidencia la conducta de dos de las hermanas de Alfonso, y por otro por la sensualidad inocente y la histeria de *Doñarramona*), es también asunto que aparecen en *El pecado de Alejandra Leonard*, pero allí planteado desde un ángulo muy diferente. El "pecado" a que alude el título es simplemente la educación de la protagonista, que, por cultivada y habituada a lecturas amplias, por "cultura" termina por ser rechazada, su compañía resulta menos agradable a sus amistades, y en especial a sus posibles pretendientes.

Lo mismo puede observarse a propósito de otros temas: también la inmigración aparece frecuentemente en su obra, pero nada permite comparar, por ejemplo, la figura de *Doñarramona*, la inmigrante española de la historia homónima, con la de Luigi, el inmigrante italiano protagonista de la notable viñeta que es el relato *¡Maní!*.

Aunque vistos desde diferentes puntos de vista, esos temas reaparecen: la fuerte represión en las costumbres, las diferencias entre las clases sociales, la educación de la mujer, la situación de los inmigrantes, son algunos de los grandes temas que vivía la sociedad de su tiempo, sociedad que, como decíamos, se hallaba en un rápido proceso de evolución.

Entre las fuerzas que estaban impulsando ese proceso, se hace necesario señalar expresamente aquellas que Bellán se incorporó y vivió más intensamente. Y dos son sobre todo las que creemos que deben destacarse, precisamente aquellas que con más energía impulsaban los cambios: en primer lugar el pensamiento varelano que

impregnó nuestra enseñanza; y en segundo lugar los principios que gularon al batllismo en las primeras décadas de este siglo.

El pensamiento vareliano

Bellán fue maestro; cursó sus estudios normales en los últimos años de la primera década del siglo: se graduó en el año 10 y comenzó a trabajar de inmediato en el interior, en Melo, como maestro del batallón allí instalado, cargo que debió abandonar ese mismo año con motivo del levantamiento revolucionario que entonces ocurrió, pero siguió trabajando como maestro en Montevideo, donde fue compañero del entonces también maestro Clemente Estable. No interesa indicar aquí los diferentes destinos que ocupó en esa función, pero sí recordar que trabajó en varias escuelas y en cursos nocturnos, hasta que, en 1926, Batlle y Ordóñez incluyó su nombre en una lista para representantes y resultó electo diputado. Y en ese cargo se desempeñó hasta su muerte en 1930.

Ahora bien; desde la reforma vareliana, la escuela estaba en el centro de la atención pública. En la década del 80, la visita de un hombre de estado extranjero motivaba que se celebrara al visitante llevándole a contemplar los exámenes de fin de año del curso de la señora Stagnero de Munar, por ejemplo (así ocurrió durante la visita del doctor Nicolás Avellaneda en 1881). Es cierto que no pudo ser tan brillante la situación de la enseñanza en la crítica situación de la última década del siglo, pero bastó que las finanzas mejoraran para que volviera a ocupar un lugar de preferencia en las preocupaciones de la administración.

Durante el gobierno de Williman, esto es, entre 1907 y 1911, que son precisamente los años en que Bellán está cursando sus estudios normales, "los grandes superávits de este período administrativo permiten dar un fuerte impulso a la creación de escuelas en toda la República" (Eduardo Acevedo, *Anales...*, V, 502) Pero tan importante como eso es la atención que debieron concitar entonces otros diversos asuntos que se refieren a la enseñanza, desde la colecta de 1908 en las escuelas públicas (con un democrático límite de dos centésimos -era una colecta entre los niños), para una placa destinada a la tumba de E. de Amicis, el autor de *Cuore* que murió ese año, hasta la polémica de 1909 por la supresión de la enseñanza religiosa en las escuelas, que se

sumaba al conflicto anterior motivado por la presencia de las Hermanas de la Caridad en los Asilos Maternales y que se complicaba aún con la decisión de la Comisión de Caridad que disponía que las clases fueran mixtas. Todo ello hacía de la escuela un importante centro de interés público, pero sobre todo debió ser motivo de atención especialísima de parte de los jóvenes estudiantes normalistas. Esta presencia de Varela en nuestra cultura del 900 culmina con las ediciones oficiales de su obra que se hicieron, por partida doble, en 1910. (Su obra se publicó simultáneamente en los "Anales de Instrucción Primaria", (1909-1910), e independientemente en 1910, Ed. El Siglo Ilustrado).

Es evidente que, formalmente, los temas que Bellán trata son, muy frecuentemente, sobre todo en sus mejores trabajos, los mismos que fueron centros de atención en las ocasiones que mencioné. Claro está que no era en definitiva necesario que el pensamiento de Varela le llamara expresamente la atención sobre los puntos que mencionamos; esos temas eran evidentemente los asuntos sobre los que discutía la sociedad en la que Bellán vivió, pero, de todos modos, allí estaba el pensamiento de Varela para esclarecer aún más la situación.

El primer batllismo

Y lo mismo ocurría con el "avancismo", con el "inquietismo" batllista de las primeras décadas del siglo. Es natural, pues, que la actitud batllista haya sido compartida por Bellán. Por lo demás, tanto por su situación como por sus orígenes, era previsible que Bellán se orientara hacia el batllismo: era descendiente de inmigrantes -sus abuelos habían sido vascos franceses y gallegos- su familia era una familia típica de clase media, sin bienes, su padre era vendedor de tabacos, y tanto él como una de sus hermanas eran maestros. Esto último lo situaba, también por su profesión, en el sector de la sociedad que los gobiernos batllistas consideraban principal, la enseñanza, que abriría el camino para la sociedad más justa del futuro; ello no otorgaba beneficios económicos, pero sí autoestima y confianza intelectual, porque generaba una manera de humanismo saludable y empeñoso, y podía motivar una actitud vital que imponía una mirada comprometida con el destino colectivo.

Agréguese a esto que la formación de

Bellán ocurre, precisamente en el período en que el pensamiento batllista aparece, y que culmina en los días en que debió enfrentar las primeras adversidades, esto es, entre 1905 y 1917, de modo que vivió su desarrollo y su lucha en el momento más vital y creador de toda su historia, de un modo que no podía dejar de ser atractivo y aun ejemplar para el joven maestro de escuela.

Por otra parte, ese resurgimiento del interés por la enseñanza primaria que ocurrió precisamente mientras él era normalista -1908-1910-, la multiplicación de las escuelas, la creación de cursos nocturnos, y en general todo cuanto se hizo entonces por la enseñanza, formaba parte importante del plan batllista de gobierno. "La confianza en que la difusión de la enseñanza cambiaría a la nación y a sus ciudadanos, en que la extensión de una visión 'racional y científica' del mundo haría mejores a los hombres, estuvo en la base de todos los planes educacionales de este batllismo" (Barrán y Nahum, *Batlle, los estancieros...* T.4, p.148). Pero también formaban parte de ese plan las otras cuestiones críticas que en torno a la enseñanza habían surgido o que en ella se reflejaban: la enseñanza laica frente a la enseñanza religiosa, la escuela mixta, la formación cultural y profesional de la mujer, el principio de igualdad que ya estaba asentado desde los orígenes mismos de la nueva enseñanza, desde la ley vareliana de "educación común", etcétera.

La imagen que Barrán y Nahum ofrecen del batllista de 1911 se cumple claramente en Bellán: "En 1911 se era batllista porque se era partidario de las ocho horas, de la estatización de los servicios públicos, del ataque al 'latifundio arcaizante', y también porque se enviaba a los hijos a educarse en escuelas laicas y públicas, se aceptaba sólo el casamiento civil rechazándose el religioso, se impulsaba a las hijas mujeres a estudiar en la universidad, y se disculpaba a los anarquistas cuando éstos se mostraban 'irrespetuosos' ante los símbolos nacionales. Ser batllista 'avanzado' durante estos años era adoptar una postura determinada en todos los órdenes de la vida, una militancia que, por lo general, chocaba con las pautas morales imperantes" (Idem, T.4, p. 149). Y bien, esa es la idea que de Bellán se hacen necesariamente sus lectores.

Pero esto ofrece varios motivos de especial interés: el primero consiste en ofrecer una posible explicación sobre el contraste que la obra de este narrador, nacido en 1889

y formado, por lo tanto, entre el 5 y el 17, presenta con la de aquellos que nacieron en la primera década del siglo y se formaron básicamente, en consecuencia, durante la década del 20. La fuerte dinámica social de las dos primeras décadas podría contribuir a explicar el tono y la clara visión realista de la obra de Bellán. Pero también parece poder verse en su formación y en la naturaleza del pensamiento vareliano que impulsaba a su vez aquel batllismo, el logro de una situación de franqueza y lucidez que le permite contemplar el drama humano común y ahondar en él libre y eficazmente. Eso ocurre comúnmente en su obra, y de ello son ejemplo eficaz la mayoría de sus relatos.

El tema del amor y del sexo ocupa en su obra un lugar importante y aparece tratado en muy diferentes niveles, desde un ángulo y en situaciones que podrían evocar antecedentes románticos, hasta extremos de pasión y lujuria en los que aparecen rasgos naturalistas. Y aunque no todos, ya que algunos de sus más excelentes relatos, reflejan situaciones de envidiable delicadeza, es en algunos relatos en los que trata del amor y del sexo que logró excelentes logros.

Este extremo nos hace considerar como especialmente significativa la confluencia que en él vemos de las dos líneas de pensamiento que destacamos. Esas corrientes debieron ayudarlo a obtener la necesaria libertad de tratamiento para temas tan fundamentales como el amor y el sexo; sin esa libertad intelectual difícilmente podría haber alcanzado el logro extraordinario de su novellita *La realidad*, uno de los momentos más altos de nuestra narrativa urbana.

